

PRIMERO TEMBLOR

PALABRAS INICIALES

Sí, alguna vez creí en el barro...lo creí. Mas no por eso dejaba de pensar que quizás fuese un cuento muy bello, una leyenda oriental, leyenda, de los libros sagrados. Pensar en algo tan hermoso como eso, el barro modelado, la costilla, el soplo de Dios, siempre nos haría bien, sin embargo mi intelecto, tantas veces racional, se hacía las miles de preguntas que todo ser humano, por poco instruido que esté, se hace. Al menos las tres preguntas claves: ¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?.

Pues bien, este “Primero temblor”, nació de una de esas preguntas, por otro lado nada originales pero que sí dio pie para la originalidad si cabe, o a la ingenuidad ¿porqué no? de este poemario.

Escribir según pensamos y que el pensamiento a la vez sea poético fue lo que me animó, después de varios poemas, a continuar. Página tras página, día tras día y ya desde mi segundo libro editado: “En el principio de la carne” 1988, hubo en mí esa duda, ese pensamiento de que quizás “el barro hubiese salido del mar”. Y así escribí:

Yo no sé
si alguna vez nací
en el vientre del mar,
si los peces han sido mis hermanos.
Esta sal
estas aguas tranquilas y este puerto,
este suave latido
tal el latir de Dios...

El mar, semen purísimo, azul, esmeraldino, cuya puntilla blanca nos inquieta; ese desconocido monstruo que a veces nos da paz y otras nos asusta, poniendo nuestros pies, “de sala de visitas para afuera”. Su piel, así al contacto

se vuelve transparente. ¿Fría? ¿Templada? Y ese latido mágico, ciudades que los siglos sepultaron... Enigma, sólo enigma, magnánimo, majestuoso mar que a la vez que tesoros, sus misterios oculta. Misterios para el hombre que “pudo ser gaviota o dinosaurio”.

No hablo de filosofía. Ya es. Tampoco de metafísica. Está. Solo hago preguntas esenciales, lanzo respuestas imaginarias o escondidas, allí, en algún rincón del cerebro. La historia, nuestra historia escrita desde siglos, vivida desde el primer Cero hasta el Uno, primer latido, primero temblor...

Viajera incansable que bajó a los abismos, subió a los cielos, el pensamiento vuela, penetra los líquenes azules, abajo, arriba “dos alas fragmentarias” caminé hacia mí misma, donde el fuego y el aire. Pero no hay desconcierto. Tan solo son preguntas lanzadas al relámpago interior para dar claridad. Se aprende de uno mismo. Tenemos la respuesta. Pero hace falta el hombre, el Hombre con mayúscula que se atreva a decirla y en voz alta, sin miedo. Sin miedo, ya sabéis, ese gran miedo a ser dilapidado.

La autora

Que ningún hombre vela la muerte de sus peces
y solo algunas aves atraviesan su espacio
como fantasmas grises, mudos, como el secreto...

I. Díez

No estamos en la superficie mas que para hacer
una inspiración profunda que nos permita
regresar al fondo. Nostalgia de las branquias.

J. Ángel Valente

QUÉ DULCE FUEGO

avivó mi semilla
en el tiempo sin nombre,
el que no tiene edad.
El mar que me nutrió
me moja ahora las manos,
me sala con su espuma,
me escuece ojos adentro.
Qué lejos estás hoy
qué confuso
mi júbilo primero.

Y CUÁNDO FUE MI GRITO

abismal. Qué soledades
amanecieron y en qué claro día.
Sé de una luz que despertó
mi inocencia más tarde,
mi nuevo nacimiento,
mas cuándo la diadema
de luz, el primero temblor.

CUANDO LA NOCHE SE HUNDE EN EL LATIDO,

cuando empuja la luna
y los pájaros tiemblan en el pecho
con musical caricia,
ese hombre que fue,
que quiere seguir siendo
prodigio de algún sueño,
torna su corazón en amasijo
de amor, de fruto ya maduro
y vierte su batalla donde la angustia deja
honda raíz, donde su antigua soledad
fue tiempo ya cumplido.

CON LOS OJOS CARGADOS DE MISTERIO

surgí de la materia.

Materia que albergará también mi fin
en el reencuentro de la fecunda muerte.

!Ay, tiempo de regreso!

!Ay, rostro iluminado!

Vuelvo siendo mujer y una sonrisa
en los labios donde la vida acaba.

La madre muerte enlazará mis manos,
la madre tierra recogerá mis brasas,
la "Mare nostrum" apagará cenizas
y un ave inmensa remontará los vientos.

¿Qué enjambre de luceros zodiacales
en infinito círculo, dirigirá mi vuelo?

LA TIERRA ENCEGUECIDA ABRE SU ROSTRO

ante el sol que la acosa
y un hombre va cuajando la simiente
de espiga y árbol.

La tierra, ya fecunda
el hombre se levanta y ya el costado
le arde, en su misterio.

Misterio y árbol con ramaje nuevo,
cálida carne bautizada en sal,
naciente primavera que, desnuda
pudo vestir el alma con escamas
de peces que cruzaban la mágica frontera.

Oh, noche de la mar.

Oh, sol naciente dilatando sombras.

Oh alborada del hombre
refugiado en sus cuevas.

EXISTE UNA RIBERA AL OTRO LADO

del mar. Un ala azul. Una gacela

que corre y canta las edades
del hombre. Canta con voz alegre
y piel rosada de cálido albarillo.
Surge un rumor de caracolas
y en una cuna de algas te adormeces
mientras las aguas siguen su camino,
su arrullo, su destino. Viven
un eterno viaje sin escala
en el móvil espejo de las olas.
La historia de la mar es tan antigua...
más antigua que el hombre que la inventa
para alcanzar el éxtasis,
para entender el Universo,
milagro concebido
por yo no sé qué Dios ni en qué segundo.

EL MAR

oscuro semen,
refugio de las nieblas más arcanas,
qué manos sucesivas

pronunciarán ese temblor,
la sed de las preguntas.
La travesía es larga,
extenso y ancho el silencio que salpica mi voz.
Olvidos y recuerdos que buscan la señal
y el brillo de los ojos que renace de nuevo,
aunque el tiempo esté inmóvil
sin hacer ruido apenas
y el amor, de la mano.

Sueño con ese mundo
empapada de brisas y de espuma.
Qué océanos, qué mares de azabache
habrán cruzado mis azules alas.
Ahora, se me presentan horizontes,
playas originales donde poso
de cuando en cuando mis cansados huesos.

UN CORAZÓN QUE LATE

al unísono, eso somos tú y yo.

Mis aguas tan iguales a tus aguas,
frías, compactas,
fluidas o templadas según el viento azote.
Azul cobalto o verde esmeraldino.
Todos los ritmos propios
de ti, iguales a los míos
dulces, callados, rugientes, bravucones.

Todo es lo mismo en el principio de Hermes.

Tú y yo, de un mismo centro,
de un mismo Dios.
Por eso mis hermanos también fueron tus peces,
eternos viajeros que se engullen
al igual que los hombres,
aún cuando el tiempo pase
y nos mude la piel.

AQUÍ MIS MAREJADAS,

el sosiego y la noche me dan vida,
el dolor como un ave, se adormece
en la rama del árbol

y me invento los sueños
en el blanco cubil del pensamiento.
Mi palabra, sin voz;
el mar afuera canta, con su color verano.
Sólo en su brisa el hombre se asemeja,
eterna marejada, encubridora
de aquel naufragio último
que me dejó en la boca un puñado de sal.

TAN CERCANA A TUS AGUAS,

cercada por un atrio vegetal que circunda mis ojos
ya no puedo evadirme en esta hora
a cuestras del insomnio
ni dejarme llevar por la nostalgia.

Soy aquello que fui y lo que quise ser
después de mi segundo nacimiento.
No soy un pez sobre la roca
con las branquias cerradas
contemplando asfixiado
cómo la vida pasa, nos zarandea el pulso
nos asedia incansable y nos dirige
el paso, hacia los cuatro vientos cardinales.
Tal vez sea el lirio que se corta,
le van quitando hojas, lo olfatean
como a un niño tapiado
y grita y se debate y se asemeja
al dolor, porque el dolor le sigue
cercano, casi intrínseco
en la piel y en la entraña.

Reposada la herida,
ya soy el sol que sale, cuando despierta,
manantial que rezuma sus cristalinas aguas,
pájaro en vuelo que da alcance
a la caza, bajo un cielo undoso.

Ya no pongo murallas a las caricias
ni al decir: ¡te quiero!.
Soy al fin, rosa ungida,
estrella sobre el mar.
Al fin reconquisté mi libertad primera.

DILUIDA EN LA ESPUMA

se acerca una caricia.

Ya la dorada brisa se deshace en mi pelo.

Sentada aquí en la arena

memoria abre sus puertas, se detiene

y se sienta conmigo. Juntas

recorremos los años venideros,

aquellos que pasaron y dejaron su huella
bajo este asombro único del dolor siempre atento.
La historia, nuestra historia
se quebró tantas veces...

CUANDO SUPE DEL BARRO LO CREÍ,

lo creí firmemente.

Y qué eras tú, mar, sino barro en tu fondo,
en tu centro más íntimo.

Desde el cielo a la espuma hay una línea recta,
línea que cruza el trueno
y el aprendiz de hombre.

Tanto deseo penetrar en ti

como en mi propia casa
y a un tiempo quiero que el cielo me recoja
porque ya voy subiendo los peldaños
que me acercan definitivamente.
Lo toco con la punta de los dedos
y llevo la nostalgia entre los ojos.
Entre el cielo y el mar se alzan los árboles
y la noche polar es para todos.

!Alas del mar! !Luceros!
venid, tended un puente,
si el seno de la vida es aquí abajo,
jamás se habrá creado sin participación.

YA SOY UN CIRIO QUE SE DESVANECE

porque ha sido encendido con ardor.
Ya casi ciega voy
por un camino que confluye al alba.
Allí, mis sueños suben y se aprietan,
amasijo de imágenes que dejan
un sabor frutecido aquí en la almohada.
Se parte hacia otros mundos a través de uno mismo,
creamos la leyenda,
la mirada del gato,
las notas que nos llegan a través de los árboles.
La muerte nos saluda pero no se detiene,

la vemos, casi amable

 porque nos toca el rizo,
mas sigue indefinida hacia otras latitudes;
--no es hora-- nos declara, su transparencia
y nos deja en la piel como un escalofrío
que nos despierta temblorosos.
No recordamos nada, bostezamos,
decimos: - ¡buenos días!- aunque el alma nos duela
y empezamos de nuevo con la trampa,
la locura, la doble vida, la imperfección a veces.

Voy recogiendo gotas de mi cera
en el constante hueco de mi mano,

y espero, como un viaje, espero
que alguien siga mis pasos
que me calme, las olas de la mar
que llevo dentro del pecho y que arremeten
contra el coral del corazón,
allí donde descansa la ternura
como un bálsamo dulce, capaz de transformarlo
en orilla de nuevo.

Que el cirio siga ardiendo
-aunque empañe el azogue de mis ojos-
hasta la última gota.
Y el mar, como una caja
de música, estuche las cenizas.

ES DE ACUARELA TU COLOR; COBALTO,

azul, verde-azul mar, así es como te sueño

y en el medio Neptuno y otros dioses
que perdieron la ruta entre tus ondas.

Los peces voladores traen noticias
de mundos diferentes y avanzados.

Con las crines mojadas tus caballos
saltan de orilla a orilla

cuando la luz del cielo ya se aploma.

Corales de la mar, tesoros insondables,
colorido en tu fondo, de perla y olivina.

El hombre

buceador, ignora
qué seres invisibles le contemplan;
extasiado de tanto paraíso
no advierte que su piel relampaguea,
que es grande o es pequeño
conforme a las medidas de su alma.
La realidad y el sueño se confunden
cuando cerca y absorta te contemplo
y me dejo llevar. !Oh, mar! donde la vida late.

TU PIEL ASI AL CONTACTO

se vuelve transparente.
¿Fría?
¿Templada?
En tu fondo, misterio...
ciudades que los siglos sepultaron,
barcos que no regresan,
naves de fuego
que se sumergen silenciosas.

Enigma...

Sólo los peces más ancianos
conocen el secreto de tu entraña
y al hombre, sólo hombre

ESPEJO DE AGUA DONDE ME CONTEMPLO

los días tan amables, tan azules.

Para buscar raíces hay que mirarse dentro.

La memoria recoge los pedazos

los va juntando, lento

hasta que en un segundo les da vida

marcando piel adentro

como si de un tatuaje se tratara

que no puede borrar el pensamiento.

Veo pasar ante mis ojos, chispas

interminable fuego

que guarda en su rescoldo las cenizas

de un gran día de Enero.

FUE FRENTE AL MAR,

eran las leyes del rocío,
lo noche reencontrada,
la entrega de una niña y un muchacho
quizá casual
y no hubo resistencia, ni ceguera.
Fueron las leyes del verano,
canto tenaz de mi poesía,
un hombre con la piel de niño
y las nubes de un habitado cielo.
Fue una noche sin tiempo, de abandono
noche
de absurdo y de inocencia,
el recobrado nombre de dos gestos
y rumor de averío entre las alas.

Y estaba allí, lo vi
o tal vez lo soñé,
no sé, no lo recuerdo.
Pero sé que era el mar y amanecía
después de una gran noche
de amor entre dos cuerpos.

EN EL PRINCIPIO

fue el cielo y la tierra aunque el mar
ya se encontraba dentro,
se hacía oír cuando se encabritaban
sus olas. Y vio Dios que era bueno.
Un pálpito de mundos se iniciaba
al par que los luceros
iluminaban con pasión de siglos
los círculos del tiempo.
Cuando el hombre se presentó de pronto
viendo Dios que era bueno,
temblaron los espacios siderales
y se dieron un beso.
Una música virgen orillaba
aquel febril encuentro
y Sol que era el gran rey entre los astros
se nos vistió de fuego.

Cielos, tierras y mares para el hombre
y aun sabiendo que es bueno,
no quiere Dios anciano ya, decirle,
contarle su secreto.

EL VIENTO SOBRE EL MAR Y EL PENSAMIENTO

vuela por un instante a sus raíces.
¿La raíz en el agua?
¿Es libre desatino?
Y aquella cresta de olas ¿dónde, dónde
dirige su mirada en plena historia?
Un canto deja oír que no es guitarra,
quizá sean lamentos
de almas que se han ido y no llegaron
abriendo lejanías
entre los arrecifes más audaces.
Bajo la proa viva de mis ojos
veo este mar que me fascina,
su no se qué, su suave movimiento,
un ala extensa que despierta
los sentimientos más originales.
Olfateo sus aguas, quietas en las espumas

que acarician mis pies.
!Oh mar, qué sensaciones!
desde tu orilla me conmueves.
Me traes tanta presencia que una lágrima
puede abrir el caudal que llevo dentro.

QUIZÁS FUI DE LA ESTIRPE DEL DRAGÓN

y ahora
después de sacudidas las escamas
no puedo regresar
imantada en el nuevo paraíso
de los cuatro elementos.
Igual que los arroyos van al río
y el río sigue al mar.
Yo, si del mar nací
y vine a la deriva hasta la tierra
donde el fuego y el aire,
después de haber soñado,
después de despertar
habré de reencontrarme con el cielo.
Principio y fin.

¿Y el mar?

UN CORAZÓN ALEGRE Y DOS ALAS FRAGMENTARIAS.

Viajera incansable

caminé hacia mí misma.

Aguijones y hormigas jugaron dentro
abriendo pasadizos por la piel y la entraña.

Un charco oscuro...

Un pleno de relámpagos
penetró el pozo obscuro blandiendo claridades.

Oriflama

consagrando mi unión.

Arroyos manantiales retornaron
refrescando mis árboles
que aullaban doloridos ante tal desconcierto.

Tan hondas como océanos mis llagas
fueron un libro abierto para el aprendizaje.

Campaneo... Despierto...

Una sala habitada por la música,
la luz, la lluvia fresca, el mar,
el mar, mi mar, jardín de mis delicias,

el amor en los ojos,
amor por fuera y dentro,
amor en la otra orilla,
un fósforo en los huesos,
pañales y laúdes...

Se secaron las lágrimas,
cicatrizó la herida

y crecieron las rosas más azules
tan cercanas a Dios, tan en mis manos,
tan frescas y tan diáfanas
que hoy ya no es, más que un mal sueño
del que he salido impune
con los ojos abiertos, cargados, creativos,
ojos que miran, nuevos,
que imantan, que atesoran, que embarazan,
que alumbran el poema.

SI NO HAY OTRA MEMORIA QUE EL OLVIDO,

si se olvidó mi nombre
y justo da en la roca
la turbia pleamar que nos asola,
no renunciemos pues a ser nosotros
aunque se ahogue el mar
y la playa
y la arena...

Guardemos el disfraz un tanto ajado
de tanto pozo seco,
la máscara, marchita
de tanto paso en falso.
Anunciemos la luz de la encendida alcoba,
la palabra y el verso
del cuenco de la voz,
la inteligencia original
y el sentimiento humano de las cosas.
Brasilado ha de ser el corazón
que nos mantenga vivos y armoniosos.

Sentada aquí en la orilla de mi barca

sólo pido ser “hombre”
tan sólo una mujer “integral”
sin más apelativos.

UN DÍA FUE MI GRITO

rompiéndose el cristal entre mis huesos,
un claro despertar
y una sorpresa implícita en los ojos,
esa voz tan urgente que oscilaba
como péndulo histórico
diciendo sí,
diciendo no,
diciendo ¿qué verdades?
Y al fin, la encrucijada,
el túnel, la salida
asumir
que fui gota
y río,
roca
y arena
sin nunca haber dejado de ser mar.

ASOMADA A LA TARDE

el sol reparte azul por los caminos
que llevan a la mar.

El jardín está fresco todavía
y exhala sus aromas de menta y albahaca.

Mi palabra se moja con el riego
que lanza el corazón, pero mi voz se niega
y este canto que parte de mi centro
muy dentro de los labios,
desemboca en mi pluma
por no se sabe qué mágico latido,
pasa por la garganta con sus notas marinas
y en piélago ascendente
llega hasta el Universo que se abre infinito.

Mi voz es de ida y vuelta.

Jamás terminará su musical caricia,
la siembro y la recojo en los acantilados
y sacudo las ramas de los árboles
donde cuelgan sus notas
para que lluevan melodías dúctiles
que regresan a mí como agua-nube.

Que nunca deje de sonar
mi mar, mi flora, mis líquenes azules,
partitura encendida como el día
antes de envejecer.

SUPE UN DÍA DE ESPACIOS SIDERALES.

Ascendí

por la ruta del verso.

Una música virgen me circundaba el paso

y es ahora la mar la que me llama

tan cargada de frutos,

tan de incógnito

que una gota de espuma entre los ojos

me hace recordar

que todo es Uno y Todo.

Que puede haber estrellas vegetales,

pájaros marineros

y peces voladores

que habiten las ciudades de la luna;

que el sol se nos presenta

volcán, fósforo, antorcha

que ilumina los valles más profundos

del hombre

y los rayos de Dios nos atraviesan

concéntricos

y no hay escapatoria; todo es común,

todo es común a todos, como la primavera

nos nace cada Marzo

y hace crecer espigas que derraman

su grano en el granero, sólo para unos cuantos.

Los hilos fraternales nos detienen

a veces el combate

porque son inocentes todos los que no llegan.

Hay heridas que sigo reclamando
desde la orilla donde me contemplo;
quiero otear el campanario aquel
y decirle a las nubes que no duerman,
que derramen sus aguas sobre el mar,
el mar que está despierto dando abrigo
a la vida.

Que se quiebren sus bordes,
que nunca se detenga y se llenen sus fuentes.

Hay fuentes, hay caminos, hollados
hay estelas, crepusculares.

Tengo aroma de pinos
y la sangre caliente.

Tengo sal en las manos
y el sabor primigenio del mar.

Tengo

diminutas estrellas que me mantienen viva (*)
una niña desnuda
y una fuerte esperanza de crecer y llegar.

MIS RAMAS SE CONFUNDEN CON LAS OLAS

arcaicas y naciendo
de nuevo en este Agosto
que ilumina mis ojos, torpes ya,
de tantas poluciones atmosféricas.

Me adentro y me seduce la frescura
del agua. En un instante
mi tronco se estremece y los rubíes
de mi sangre se alteran y alborotan
alrededor. Peregrina del sol y su diadema
piso de nuevo y lentamente
la arena de la playa.
Mis pies quedan ungidos, me rescatan
cual un río que muere. Mis párpados se cierran.
Gozo serenamente
bajo el foco solar
y acaricia mi piel un aire niño
que me ahuyenta las brasas.

El mar me llama dulce y nuevamente,
respiro, su salitre yodado
miro, con ojos ávidos
su trémulo latido
y grito libertad ahogadamente.
Y canto y es azul -índigo mar-.
Y le pido una tregua.

HOY LAS AGUAS REFLEJAN

el influjo estelar y el viento sopla,
sopla furtivamente
sobre las olas que levantan crestas
cual si quisieran

la vertical del árbol.

Rampa encendida que deviene antorcha
con calidez de madre.

Claustro materno que me alumbraste un día
bajo el fuego perpetuo del medallón solar.

Ruges en esta noche
en que la luna se nos pone pálida,
gana su azul batalla ebria de amebas
mientras la tierra bebe
su líquido plateado
templado y generoso por los siglos.

Las estrellas conocen el secreto
tan hondo para el hombre,
--drago que en su raíz
ausculta la placenta primordial--
Y un nuevo siglo sucumbirá más tarde
clausurando, dejando las preguntas
tronzadas, nuestra voz acechando
la eclosión de los pájaros,
los espejos marinos.
La divina Presencia.

NO ES POSIBLE QUE EL ALMA SEA MORTAL.

Me niego

porque el hambre de eternidad me pega
a las señales que recibo.

Más allá de esta humana opacidad
del cuerpo, torre erguida,
capacidad de éxtasis...

Palabras que alimentan un poema
a veces, con un verso inteligible
que llega hasta la pluma desde el vientre
oh, fuego creador.

Y el mar, finge que duerme. Tiene
ancladas sus raíces en el fondo.

Los raíles del agua nos enseñan
que en los acantilados también mueren las olas
y vuelven a nacer y adolescentes
se ruborizan ante el sol que las asedia
y les lame, incansable y vanidoso.

UN BUEN DÍA, LOS ÁNGELES

bajaron a bañarse hasta las playas
de estos mares de Dios. Sus cuerpos núbiles
dejaron una estela perfumada
por la ruta del hombre.

Y el hombre que lo intuye, adivinó
sus alas gráciles, marcando
un rumbo siempre antiguo
pero nuevo a los ojos.

Ojos para la luz, para la mar
los ojos. Ya azulean
de ver crecer las aguas en su entorno.

Mi cuerpo se prolonga esta mañana
hasta el umbral sagrado;
voy vislumbrando rostros blanquinegros,
aquel camino ciego
por el que deslizamos la conciencia,
a veces, la memoria
para pasar indemnes la frontera.

Haber corrido tanto
nos depara fatiga,
indecisión; el tiempo roto
reconstruimos con un canto
de madrugada. Me prolongo,
me extendo. Esta es mi hora,
mi mar azul, mi mar. Mi amanecida.

Dónde estáis vosotros,
a dónde vuestras manos,
vuestros recuerdos, dónde.

Y dónde vuestro verso.

Dónde la voz, la búsqueda.

Acaso vais muriendo sin haberlo soñado?

Tal vez en vuestros ojos

os escuece hoy la sal?

No andéis bajo las aguas

!pisadlas!

No andéis a la deriva de la nada.

!Agarradle una mano!

!Contad, lo no contable!.

Recordemos al ángel mutilado,

el ángel con espada

aquel que semejaba nuestro rostro

a la puerta del jardín hermoso.

Llamemos a la lluvia por su nombre

que baje y nos sorprenda,

que acaricie

los hombros tan tronchados,

tan llenos hoy de escamas.

Nadie recuerda, cómo fue el camino,

cuándo la flor de loto,

la primera paloma con la rama de olivo

cuándo.

Porqué me estoy haciendo estas preguntas.

Este es el mar. La mar, con todo su misterio.

Disfruto de su abrazo.

Me absuelvo,
me limito,
me extravió...

Quién tiene la respuesta. Que me abrasen
sus alas majestuosas.

Eternamente, espero...

OH NOCHE DE LA MAR, ALETEANDO.

Mi retina contiene las escamas del pez.

El rocío humedece mi carne ya morena
y ciño mi cintura mientras las aves duermen.
En el jardín, las desgajadas luces
palpitan anunciando el tránsito del sol.
Qué leves las montañas bajo el arco lunar.
Qué negra la pinada. Qué fugaces
se mueven las estrellas espejeando
-rostros sin voz, aves plateadas-
bajo
entre
sobre
un cielo inexistente.
Silencioso y salobre, el viento, no, la brisa
me lame los cabellos, suave, suave.
Cierro los ojos serena y largamente.

Medito.

Qué paz, os aseguro
que existe la paz del pensamiento,
el pensamiento blanco, celeste; esmeraldino
el mar, índigo mar, de nuevo
veo su espuma blanca, muy blanca,
el pensamiento,
el mar,
mi mar azul,
mi blanca mente ya,

callada,
silenciosa,
calla...
silenc...

ca...

si...

c...

s...

.....

.....

Probadlo frente al mar.

Y ESCRIBO...

ESCRIBO DE LO QUE NO SÉ,
de lo que sé y no sé
y cuánto necesito...

Me asiento en la palabra

que no muere
aunque la muerte llueva a borbotones
alrededor..
Y el mar abre sus fauces,
ruge con voz anciana, estrafalaria a veces
pero lleno de vida nos sorprende,
nos para, nos invita
como madre amorosa que nos tiende los brazos.
Entramos...Alegre campaneó
en nuestros pies.
Somos niños vencidos por el tiempo,
la sonrisa en la boca,
los ojos bien abiertos para tomar la luz
que se guarda en su fondo no visible,
inexplorado, abstracto, incandescente.
Y así, la historia continúa
abriendo las ventanas hacia dentro,
hacia fuera por si en otros mundos
nos envían señales, profecías
para tanta pregunta irrenunciable.

Para algo hemos venido.
Por algo estoy aquí. Y escribo.

Escribo de lo que no sé,
de lo que sé y no sé
y cuánto necesito.

